

Federal, publicaba en México la ley que establecía la libertad de cultos, que suscrita por el Sr. Don Antonio de la Fuente había sido decretada en Veracruz en 4 de Diciembre de 1860. El día 13 de Febrero á media noche se ejecutó con el mayor sigilo una medida, que indicó que, á la exclaustración de religiosos ya decretada y puesta en ejecución, iba pronto á seguir la de las monjas. El Gobierno dispuso que, de los veintidós conventos de religiosas que había en la Capital, sólo quedasen nueve, trasladando á ellos las comunidades de los que habían de ser desocupados. La piqueta de la Reforma comenzó á derribar conventos, y á abrir á través de ellos calles que mejorasen las condiciones urbanas, y diesen á la ciudad aire, luz y espacio en qué traficar; se prohibió que el Viático saliera solemnemente, se prohibieron asimismo las procesiones en la vía pública, y que la fuerza armada y los funcionarios civiles asistieran á las ceremonias religiosas.

La reacción armada y furibunda, desalojada de la Capital, seguía esparciendo por los campos la desolación y el luto, Zuloaga seguía llamándose Presidente de la República, y Márquez y otros jefes reaccionarios al mando de partidas más ó menos considerables desolaban el país.

El día 1.º de Junio el guerrillero conservador Lindoro Cajigas se apoderó del ilustre Don Melchor Ocampo que, retirado de la vida pública desde el mes de Enero, vivía entregado al estudio y practicando el bien en su hacienda de Pomoca. El preso fué conducido á una estancia de la hacienda de Arroyozarco y entregado á Márquez y á Zuloaga, éstos se trasladaron á Tepeji del Río, y Márquez, por un ardid indigno y fingiendo un equívoco hizo que el preso fuese fusilado. La indignación causada por la muerte del Sr. Ocampo fué inmensa; el Sr. Degollado, que, con permiso de la Cámara había salido á combatir á Márquez, fué sorprendido en el Monte de las Cruces por Buitrón, sucumbiendo en la refriega el insigne caudillo. El día 23 el General D. Leandro Valle fué hecho prisionero por Márquez en el Monte de las Cruces y fusilado inmediatamente.

Por fortuna el 14 de Agosto el General González Ortega derrotó en Jalatlaco á Márquez y á Zuloaga, dispersando sus fuerzas, apoderándose de su armamento, artillería y municiones, y haciendo más de doscientos prisioneros. La victoria de Jalatlaco fué un segundo Calpulálpam que consolidó el triunfo del partido liberal. Pero en el momento de alcanzarla se alzaba ya contra Juárez, contra el Partido Liberal, contra la Constitución, y contra la recién implantada Reforma, un nuevo y espantoso nublar: La Intervención y el Imperio. Tal suceso aunque propiamente hablando no pertenece ya á la guerra de Reforma cerrado con la batalla de Jalatlaco, constituye, sin embargo, un epílogo doloroso de esa guerra, y no podemos excusarnos de consagrarle algunas páginas.



Epílogo de la Guerra de Reforma.

I

LOS triunfos del partido liberal, su firmeza, el propósito inquebrantable de sus hombres de llevar á cabo los principios consignados en la Constitución de 1857 y en las leyes de Reforma, redujeron á los conservadores á la desesperación, é incapaces de alcanzar el triunfo por sí mismos, recurrieron al vergonzoso expediente de solicitar la intervención extranjera en apoyo de sus ideas, y en defensa de las prerrogativas del clero y de sus disputados y ya bien manoseados bienes. Difícil era dar forma práctica á este auxilio, á esta intervención extraña; para ello se resucitó una vieja idea, consignada desde el año de 1840 en un folleto célebre por D. José M. Gutiérrez Estrada. La idea venía desde mucho más lejos, procedía de la especial forma en que se consumó nuestra independencía, pues lo que la hizo triunfar, no fué la victoria de los insurgentes, sino el Plán de Iguala y el Tratado de Córdoba que asentaban el principio monárquico, ofreciendo el trono de México á algún miembro de la familia reinante de España.

Se puede, pues, decir que la idea monárquica, á modo de pecado original, mancilló nuestra independencía, y así nos explicamos cómo entre las antiguas posesiones continentales de España en América, sólo en México se han llevado á cabo tentativas monárquicas. La verdad es que la idea monárquica era exótica en los antiguos Virreinos y Capitanías Generales de América, el Rey estaba muy lejos, le representaba un Virrey ó Capitán General que se renovaba al cabo de algunos años; el hispano-americano se habituó, pues, á la renovación del personal que ejercía el poder, no tuvo delante de sus ojos el espectáculo de una corte más ó menos fastuosa, ni el de una dinastía cuyos miembros ejerciesen el mando sucediendo con regularidad los hijos á los padres.

Fuera de México, en los demás dominios españoles del Continente, se consumó la Independencia por el triunfo de las tro-

pas rebeladas. Entre nosotros, por el contrario, la insurrección promovida con tanta audacia por el cura Hidalgo, sostenida con tanta pericia por Morelos, y apoyada por mil caudillos valerosos, había sido reprimida primero con mano de hierro por Venegas y Calleja, y después enervada por la indulgente política de Apodaca, de modo que á fines de 1819 casi no quedaban más grupos insurgentes que las partidas de Guerrero y Pedro Asencio refugiadas en las quiebras y asperezas del Sur. Pero á principios de 1820 triunfó en España el movimiento liberal acaudillado por Riego, se restableció la Constitución de 1812, y el alto clero, y los próceres y millonarios, que tanto provecho sacaban del antiguo régimen, temieron que el triunfo de las ideas liberales en España menoscabase sus ventajas, y discurrieron como único medio salvador promover la independencia del país, que tanto habían combatido y condenado cuando los insurgentes se alzaban amenazadores.

Se celebraron juntas y cabildos en el oratorio de San Felipe Neri, tomando en ellas parte muy principal el Dr. Monteagudo, y se escogió como instrumento militar para llevar á cabo la idea al joven y ambicioso Don Agustín de Iturbide, que al principio había perseguido con crueldad á los insurgentes, complaciéndose y deleitándose en derramar su sangre, y que á la sazón se encontraba en México sin cargo y bajo el peso de una acusación por sus malos manejos en el Bajío.

Iturbide se prestó con entusiasmo á ejecutar aquella idea que le abría los caminos de la ambición y de la gloria, engañó al Virrey Apodaca que le puso á la cabeza de una columna destinada á perseguir á los insurgentes del Sur; para hacerse de recursos se apoderó en el camino de una conducta de caudales, y en Iguala proclamó el Plán de este nombre, iniciando así un movimiento que comenzó por una defección, consistió en una transacción, y acabó por convertirse en Córdoba en un tratado con el último Virrey de México, que no pudiendo remediar las cosas, trató de sacar de ellas el mejor partido para su patria y la corona española.

El Gobierno español no ratificó el tratado de Córdoba, rehusando desdeñosamente el trono de México ofrecido á uno de los infantes de España, quedó vacante el puesto, y era natural que Iturbide, considerado como libertador, investido del cargo de Generalísimo, y que gozaba de un prestigio inmenso, aspirase á ocuparlo. Lo ocupó en efecto, pero el trono de México, como ciertas plantas exóticas, ha exhalado efluvios mortales. Iturbide, apenas coronado Emperador, se colmó de ridículo, perdió el prestigio de que disfrutaba, fué derrocado del alto puesto y desterrado al extranjero; le ocurrió la insensata idea de volver, esperando ser recibido con los brazos abiertos, y apenas desembarca en

Soto la Marina y es reconocido, se le conduce prisionero á Padilla y se le fusila.

Mas la idea monárquica no desapareció con él, continuó formando parte del programa conservador como aspiración recóndita; la catástrofe de Iturbide se atribuyó á que era mexicano, pero los conservadores creían posible establecer y consolidar en México una monarquía con príncipe extranjero, y tal medida se creía salvadora y la única capaz de fundar un gobierno duradero y sólido. Se creía erróneamente que los pronunciamientos, la inestabilidad de los gobiernos, la falta de respeto á la ley tenían por única causa la acción de las ambiciones personales en libre concurrencia, pues todos se juzgaban con igual derecho á mandar, y se concluía que un príncipe extranjero, nacido en las gradas de un trono, impuesto si era preciso por medio de un ejército extranjero, acallaría las ambiciones y arraigaría esa planta, para la que nuestro suelo parecía impropio: un Gobierno reconocido y respetado.

Tales ideas quedaron consignadas en el folleto de 1840. Ya se había pensado ponerlas en práctica durante el gobierno de Bustamante que rigió el país de 1830 á 1832, mas ello no pasó de pláticas. Más seriamente se pensó en ese proyecto durante la última dictadura de Santa-Anna, algo se intentó también en 1859 bajo la usurpada Presidencia de Miramón; pero hasta 1861, cuando los principios liberales habían triunfado resueltamente, creyeron los conservadores llegado el momento de realizar la vieja idea de monarquía con príncipe extranjero en México, asiéndose á ella como á una tabla de salvación. Las circunstancias parecían en efecto, muy favorables.

II.

En nuestro pasado de incesantes revueltas intestinas, al caer un Presidente se iba á Europa acompañado de las personas que más habían gozado de su privanza, y esperaba allí que otra revuelta le abriese las puertas del país y acaso le encumbrase de nuevo al poder. Esas revueltas eran puramente personales, se limitaban sencillamente á que cierto círculo ejerciera el mando, y aunque solían proclamarse diferentes principios políticos, lo que había en el fondo era la cuestión personal. Pero desde el año de 1854 las cosas habían tomado diverso cariz, ya no se trataba simplemente de personas, sino preferentemente de principios; se combatió á Santa-Anna, no en su persona, sino en su sistema de Gobierno, opresor, atentatorio y arbitrario, y en los principios que representaba que eran contrarios á toda innovación benéfica.

En 1856, no obstante la indecisión de Comonfort, su política se inclinó siempre del lado de la idea liberal, desterró á perso-

najes encumbrados del partido conservador, á Don Pelagio Antonio de Labastida, Obispo á la sazón de Puebla, y á Don Francisco Javier Miranda, sacerdote agitador y enemigo encarnizado de la idea liberal. Estos y otros personajes que ya residían en Europa, pintaban con siniestros colores la causa liberal y á sus partidarios, sindicándolos de enemigos acérrimos de la sociedad, de la familia y de la religión; con el transcurso del tiempo y el desenvolvimiento de los sucesos se unieron, á estos primeros desterrados, otros que esparcían en las Cortes europeas los mismos rumores.

El año de 1861 residía, pues, en Europa un grupo de emigrados políticos pertenecientes al partido conservador, profundamente despechados por el triunfo de la idea liberal, que afirmaban que la nación mexicana había caído en las garras de una facción audaz y opresora, enemiga del orden y de la sociedad, y que impedía que la mayoría de los mexicanos mostrase sus sentimientos que eran católicos y monárquicos. Don José Hidalgo, Don Juan Nepomuceno Almonte, y el patriarca de los monarquistas Don José M. Gutiérrez Estrada, formaba el principal grupo de estos descontentos y detractores en las cortes de Europa, del orden de cosas existente en México. El desconocimiento, por el Gobierno Liberal, del tratado Mon-Almonte, y el destierro de Pacheco, Ministro de España, produjeron en el Gobierno español un movimiento de descontento y hostilidad hacia el Gobierno Constitucional de México.

Pero en ninguna parte los manejos de los refugiados conservadores, que anhelaban establecer en México por medio de la intervención extranjera una monarquía de príncipe extranjero, tuvieron mejor acogida que en Francia. El Gobierno francés gozaba en esa época de gran prestigio, las victorias de Sebastopol, Magenta y Solferino, le rodeaban de vívida aureola de gloria militar, y ejercía un influjo considerable en las cuestiones de política internacional en que fungía como árbitro. El Emperador Napoleón III, hombre de ensueño, como con tanta razón le llama Don Justo Sierra, estaba animado de una filantropía vaga y acariciaba sin cesar proyectos de predominio en la política del mundo; pero carecía de la precisión de ideas y de la firmeza de propósitos del verdadero estadista, fué constantemente juguete del astuto Bismarck que acabó por derrocarlo, humillando á la Francia en Sedán, y menoscabando su grandeza y extensión territorial.

Napoleón III solía abrigar proyectos contradictorios en que se malgastaban las energías de la Francia; aliado con Inglaterra quiso reprimir la expansión rusa y su predominio en el Mar Negro, y la toma de Sebastopol sólo fué provechosa á la marina inglesa. Afiliado en su juventud á las sociedades secretas de

Italia, ciñendo ya la corona imperial, quiso contribuir á la unidad italiana desenvainando en favor de ella la espada de la Francia, y estuvo á punto de realizar esa unidad con las brillantes victorias de Magenta y Solferino; pero él mismo la contrarió y contuvo su desenvolvimiento sosteniendo el poder temporal del Papa.

Los Estados Unidos eran la pesadilla de este soñador coronado que tomaba los ensueños por grandes propósitos, y la obstinación y la porfía por firmeza de carácter. La filantropía y el humanitarismo, otros rasgos de esta curiosa personalidad, le hacían soñar en una unión de los pueblos latinos que contuviese la expansión de las razas del norte. Con tales disposiciones de espíritu encontraría fácil acogida en él la idea de establecer en México un Imperio sostenido por Francia y sujeto á su influjo, que sirviese de dique á la colosal expansión norte-americana.

A su lado había dos personas unidas á él por la más cariñosa intimidad y dispuestas á robustecer la sugestión: Una era la Emperatriz Eugenia, española ardiente y apasionada, exaltada católica que se decía descender de Moctezuma, á cuya vanidad femenil placía establecer un Imperio en las comarcas en que reinara alguno de quien creía descender, y cuyo fervor religioso la incitaba á influir para que se defendiera en tierra mexicana la religión de Cristo perseguida por los demagogos.

El Duque de Morny, hermano uterino de Napoleón, era la otra persona capaz de influir mucho en él, era hijo adulterino de la reina Hortensia y del Conde de Flahaut. Morny era un escéptico de buen tono, amalgama extraño de libertino y hombre de Estado, siempre sediento de placeres, de honores, de dinero y de influjo; el banquero suizo Jecker, interesándole en el usurario negocio de sus bonos, le inclinó á decidir á Napoleón á intervenir en los negocios de México. El antiguo diplomático Don José Hidalgo, unido en vergonzosa intimidad con la madre de la Emperatriz, era el alma de estos manejos. Los Estados Unidos no estaban en condiciones de impedir la intervención extranjera. Comenzaba la formidable guerra de *Secession*; doce Estados se confederaron para separarse de los del Norte, y sostener la esclavitud en el inmenso territorio que se extiende entre el Bravo y el Potomac.

Todo estaba, pues, preparado, y todo era al parecer favorable para que se realizara el ensueño del partido conservador. La causa ocasional que precipitó los acontecimientos, fué el decreto de 17 de Junio de 1861 en que, por las escaseces del erario, se mandaba suspender por dos años el pago á los acreedores extranjeros. Las intrigas hábilmente urdidas en torno de las cortes de Europa, secundadas por la pérfida conducta de Saligny, dieron por primer resultado la Convención de Londres, firmada el 31 de Octubre de 1861, en virtud de la cual, Inglaterra á

cuyos súbditos se debía bastante, España á cuyos nacionales se debía poco y Francia á cuyos ciudadanos no se debía nada, pues justamente los franceses residentes en México se aprovecharon mucho de las leyes de Reforma para el medro de sus negocios, acordaron unirse y presentarse en son de guerra en Veracruz, reclamando garantías para sus nacionales y la reparación de supuestos perjuicios. La convención tripartita era una gran farsa, Inglaterra y España conocían las intenciones de Francia que eran constituir en México una monarquía regida por el príncipe Maximiliano de Austria, hermano del Emperador Francisco José é hijo del Archiduque Francisco Carlos y de la Archiduquesa Sofía.

Las miras de las naciones aliadas no coincidían. El Gobierno de España estaba conforme en que se creara una monarquía en México, pero no en el candidato; hubiera preferido un príncipe de la casa de Borbón. Inglaterra se inclinaba á las ideas reformistas, se oponía á que se interviniera en el gobierno interior de México, y mucho menos para imponer una monarquía.

Nos hemos extendido un poco en estos detalles para hacer comprender la génesis y el desenvolvimiento de las ideas que dieron por resultado la Intervención. Ahora referiremos y comentaremos los sucesos á grandes rasgos.

III

Después de los preliminares de la Soledad y de las conferencias de Orizaba se disolvió la Convención Tripartita, se retiraron las fuerzas de Inglaterra y España, y Francia, violando compromisos solmenemente contraídos, procedió descaradamente á invadir el país. Napoleón creía muy fácil la empresa; engañado por los falsos informes de los conservadores y de su pérfido Ministro Saligny, esperaba que la nación iba á recibir con los brazos abiertos á los soldados franceses que acudían á librarla de la presión de los demagogos, que la campaña iba á reducirse á un paseo militar, y que bastaba un regimiento de zuavos para apoderarse de la Capital.

En consonancia con este falso concepto, Laurencez al frente de unos seis mil hombres se lanzó resueltamente á atacar á Puebla, llevando su audacia hasta intentar el asalto por el punto más difícil, por el lado de los cerros de Loreto y Guadalupe. El ataque fué rechazado, el orgullo y la petulancia franceses se estrellaron en aquellas colinas victoriosamente defendidas por la intrepidez mexicana. Laurencez se retiró hasta Orizaba pidiendo refuerzos, Napoleón le envió no sólo refuerzos, sino un verdadero ejército de unos treinta mil hombres á las órdenes de Fo-

rey; Laurencez fué retirado del mando. El nuevo ejército no atacó á Puebla hasta el 16 de Marzo, la ciudad sitiada se defendió con el mayor heroísmo, fué necesario que los enemigos se apoderaran de ella palmo á palmo, por decirlo así, y sufriendo muchas pérdidas; cuando los defensores carecieron de todo recurso, la ciudad fué ocupada sin capitulación el 19 de Mayo de 1836, entregándose prisionera la guarnición.

La gloriosa batalla del 5 de Mayo de 1862 fué de inmensas consecuencias, retardó un año el nuevo ataque de los franceses que todo ese tiempo estuvieron confinados en Orizaba; influyó también de un modo indirecto pero considerable sobre la guerra de *Secession*, pues si Puebla se hubiera entregado sin resistencia como esperaban sus acometedores, las armas francesas habrían podido ponerse en relación con los separatistas del Sur; en esa época Inglaterra hubiera consentido en aliarse con Francia en favor de los confederados, y acaso hubiesen triunfado los esclavistas con detrimento considerable de la grandeza de los Estados-Unidos y menoscabo de la civilización.

Aunque inconscientemente, el modesto General mexicano Ignacio Zaragoza y el valor de sus soldados sirvieron el 5 de Mayo, no sólo de antemural á su propia patria, sino á los mismos Estados Unidos que veían amenazada su grandeza por el rompimiento del lazo federal. Los buenos oficios que cuatro años después hizo en favor nuestro la diplomacia americana, apenas correspondieron en muy pequeña parte al gran servicio que los Estados-Unidos recibieron de nosotros. Tanto en la batalla del 5 de Mayo de 1862, como en la heroica defensa de Puebla en 1863, tuvo principalísima parte el Sr. Gral. D. Porfirio Díaz. Esa defensa admiró á los mismos sitiadores y figura dignamente al lado de las más heroicas, como la de Zaragoza ante los soldados de Napoleón I; hizo ver claro al Emperador francés lo aventurado de la empresa que acometía, pues había sido preciso desplegar un aparato militar relativamente enorme, esperar un año para apoderarse de una sola ciudad del centro de la República, y eso después de un sitio de más de dos meses en que toda la gloria estuvo de parte de los vencidos.

Dueños de Puebla los franceses se dirigieron á México. El Sr. Juárez, no juzgando prudente defender la Capital, emigró con el Gobierno á San Luis Potosí; los franceses entraron á ella el 5 de Junio, nombraron una Junta Suprema de Gobierno, formada por treinta y cinco conservadores que había de designar tres personas y dos suplentes que se encargaran del poder ejecutivo de la nación. Fueron nombrados para estos cargos Don Juan N. Almonte, Monseñor Labastida, Arzobispo de México, y el Gral. D. Mariano Salas, y para suplentes Monseñor Ormaechea, Obis-